



# La puerta 6

Por Nidia López Lira



Ilustración: Alejandra Valdés

**A principios de febrero, mis padres** —de 90 y 83 años— obtuvieron un resultado positivo a la prueba de COVID-19. Cuarenta y cinco días después de tan temible resultado, el médico les autorizó vacunarse.

Una mañana recibí por sms un mensaje del gobierno que decía que mi madre podía acudir al día siguiente a las 14:00 horas a una de las sedes de vacunación que se instalaron en esta gran ciudad<sup>1</sup>; en este sitio, antes de la pandemia, se llevaban a cabo actos masivos, lo llamaré Edificio Colosal. Con el consentimiento de mi papá, decidimos llevarlo a él también, por si accedían a aplicarle la ansiada vacuna.

A la mañana siguiente salimos de casa en el horario acordado y llegamos a la sede alrededor de hora y media después. Caretas, bastones, silla de ruedas para mi papá, cubrebocas y dos frascos con gel antibacterial fueron nuestros principales acompañantes.

Al llegar al lugar la imagen que vimos desalentó de inmediato a mi madre, quien llevaba todo en regla para ser vacunada. “Yo no me voy a formar ahí”, dijo. Se trataba de una fila que rodeaba por completo el edificio. Estábamos en la última semana de marzo y era medio día, el sol daba de lleno en la acera donde estaba la fila humana interminable... Confieso que yo también pensé: “No voy a formar a mis papás ahí”.

De pronto, observamos que la fila no era de adultos mayores, ¡sino de personal de salud de diferentes edades!, algunos con uniforme de enfermera o con bata de médico. Las dudas me asaltaron: ¿leí

<sup>1</sup> Para no permitir que se le dé algún enfoque político a este relato, lo cual me resultaría muy desagradable, omitiré decir los nombres de la ciudad y la sede de vacunación.

bien?, ¿sí decía Edificio Colosal en esta fecha y horario?

Después de avanzar entre una valla de hombres de chaleco verde me dirigí hacia la parte posterior del edificio colosal para acceder con el auto. La cantidad de gente era mayúscula.

Lo que siguió después es lo que ha motivado la escritura de este relato.

A partir de que nos integramos a uno de los ríos de gente, empezamos a recibir información de otros ciudadanos. Para ser precisa, de los pares de edad de mis papás. Personas mayores que acudieron a vacunarse y que estaban dispuestos a ayudar: “Los de silla de ruedas entran por la 6”, me dijo una señora; “si su mamá trajera bastón entraría directo, sin hacer fila”, me dijo otra.

La puerta 6 era el acceso a la anhelada vacuna. Efectivamente, quienes usaban silla de ruedas o bastón ingresaban sin hacer fila. Desafortunadamente, mi papá no superó el estricto control: “sin cita no puede ingresar”.

Entramos mi mamá y yo. En total, el proceso nos llevó casi tres horas, tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que había ocurrido.

Me di cuenta de la disposición del personal del gobierno, dirigiendo a los automovilistas molestos

por el “atasco” que provocamos los que veníamos a aplicarnos la vacuna. Esta gente ayudaba a bajar sillas de ruedas, muletas o tanques de oxígeno. Sin embargo, lo que más me conmovió fue que quienes nos dieron la información más valiosa fueron los ancianos. Cansados por el largo proceso para obtener la vacuna, sentados bajo la sombra de los pocos árboles, prestaban ayuda a los recién llegados: “diríjase allá”, “use tal”, “es rápido”, “no tenga miedo”; brindaban una ayuda que bien podrían pedir para sí mismos. A ellos les habría caído bien un bastón, una silla de ruedas, un brazo en el cual apoyarse... y, pese a todo, decidían ayudar.

Durante el tiempo de espera no dejé de preguntarme si todas estas personas que prestaban su ayuda pagada mediante un sueldo u ofrecida desinteresadamente eran conscientes del papel que en conjunto estaban jugando en el proceso de proteger a nuestra especie humana de un virus que la ha golpeado con fuerza. También me pregunté si no era posible otro tipo de logística que no dejara al personal de salud esperando horas al rayo del sol.

No tengo respuesta a esas preguntas. Es improbable que pueda saberlo. Lo que es un hecho es que esa tarde pude ver a la Humanidad (en su sentido abstracto constituido por saberes, costumbres, valores, creencias), ayudando a la humanidad concreta, esa que tiene un nombre y un apellido: la señora “Conchita”, el señor “José”, la señora “Juana”. 🗑️



**Nidia López Lira** es doctora en Contaduría y Administración. Profesora en el Centro Universitario Valle de Chalco UAEM.

